Globethics Repository




# La revolución salinista [The Salinas Revolution]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see https://www.globethics.net. Data and content policy of Globethics Repository see https://repository.globethics.net/pages/policy.

| | |
|---|---|
| Item Type | Article |
| Authors | Centeno,Miguel Angel |
| Publisher | Fundación Friedrich Ebert (FES) |
| Rights | Creative Commons Copyright (CC 2.5) |
| Download date | 2026-11-11 09:27:31 |
| Link to Item | http://hdl.handle.net/20.500.12424/219398 |

**Nueva Sociedad Nro. 152 Noviembre-Diciembre 1997, pp. 78-92**

# La revolución salinista.
# La crisis de la tecnocracia en México

## Miguel Angel Centeno

**Miguel Angel Centeno:** profesor asociado de Sociología y la Maestría del Wilson College en la Universidad de Princeton. Tiene publicaciones sobre política mexicana y el proceso de transición en América Latina y Europa oriental.

**Palabras clave:** tecnocracia, salinismo, PRI, sistema político, México.

**Resumen:**
**Este ensayo analiza la caída del «salinato» en México. Aunque Carlos Salinas de Gortari pudo revolucionar la economía y política mexicana, no trató de cambiar la estructura social. Esa decisión no permitió que la reforma tecnocrática tuviera un base sólida con la cual empezar una verdadera modernización del país. Aunque tuvo bastante éxito con algunos aspectos de la economía, la administración de Salinas tuvo que mantener un equilibrio político frágil y no pudo y no quiso atacar el problema de la miseria y la desigualdad. Pero, a despecho de estos límites, la llamada revolución tecnocrática tiene y tendrá un legado importante.**

Cuando estaba terminando la versión final de un libro sobre las elites mexicanas y su «revolución tecnocrática», en la primavera de 1993, estuve buscando alguna floritura retórica que indicara mi pesimismo sobre el destino final de la revolución tecnocrática de Salinas[1]. Por algunos minutos hasta consideré preguntar si sería posible que hubiera «un joven Zapata esperando en las selvas de Chiapas». No tenía absolutamente ninguna razón empírica valedera para hacerlo, simplemente me pareció que sonaba adecuadamente dramático. Entonces decidí que un final de este tipo sería demasiado sensacional: el sexenio de Salinas no iba a terminar con un cataclismo.

Aunque puede que a veces lamente haber perdido esa oportunidad de ganar fama de oráculo, en realidad no me habría gustado pretender que podía predecir lo que pasó en México durante los tres años siguientes. La caída de Carlos Salinas fue tan abismal y continua que no se puede culpar a ningún conjunto particular de causas o acontecimientos. Lo sucedido tomó totalmente por sorpresa hasta a quienes pensábamos que iba a pasar algo. Muchos preveían que los sacrificios soportados por la mitad más pobre de la población

[1] Con mi agradecimiento a Wayne Cornelius por sus valiosos comentarios.

mexicana terminarían en algún tipo de revuelta urbana que obligaría al gobierno a cambiar sus políticas. En lugar de eso un ejército guerrillero organizado, dirigido por restos de la virtualmente olvidada izquierda militante mexicana, puso en jaque al gobierno desde una base en uno de los estados «seguros» del PRI.

En 1994 no hubo uno, sino varios estallidos en México. En enero, Chiapas; en febrero la amenaza de Manuel Camacho de dividir el partido; en marzo, el asesinato del candidato presidencial Luis Donaldo Colosio. Con todos esos acontecimientos la revolución tecnocrática perdió la pátina de paz que había disimulado la naturaleza radical de los cambios emprendidos. Como una repetición espeluznante de la primera mitad del año, todo estalló nuevamente después de las elecciones nacionales de agosto de 1994. Primero el asesinato de José Francisco Ruiz Massieu. Después las acusaciones de su hermano de que el PRI estaba involucrado tanto en el crimen como en el encubrimiento. Y finalmente, en diciembre, signos de violencia renovada en Chiapas seguidos por la caída del peso mexicano.

Que el «salinato» casi lograra sobrevivir a ese año es un testimonio de la astucia política del presidente y de las profundas raíces institucionales de su reforma macroeconómica. Incluso después de la revuelta inicial en Chiapas, y del asesinato de Colosio, Salinas todavía tenía suficiente poder interno y prestigio público para imponer su propio candidato en el PRI y para ayudarlo a ganar una elección mayormente limpia –si bien desleal– en agosto de 1994. E incluso después del homicidio de Ruiz Massieu y del escándalo creciente asociado con la investigación de los asesinatos políticos, Salinas salió del poder con su lugar en la historia aparentemente bien asegurado y todavía con un posible empleo en la OMC. Lo que hundió el salinato no fue la oposición de los que habían perdido más con la revolución tecnocrática, sino el pánico de los inversionistas extranjeros que Salinas había cortejado tanto. Algunos de nosotros pensamos que el proyecto de Salinas sería desafiado en barrios pobres como Chalco o Ciudad Nezahualcóyotl, pero nadie se imaginó que lo derrotaría Wall Street. Salinas cayó por una bizarra alianza casual: el enmascarado Marcos y los igualmente anónimos negociantes de la bolsa mundial. Nadie podía haber previsto una combinación así, y es evidente que conmocionó a Salinas. ¿Fue el salinato la víctima de alguna broma cósmica destinada a expiar la arrogancia del ex-presidente?¿Fue Salinas simplemente la víctima de una racha espectacular de mala suerte? ¿Qué tan conciente estaba Salinas de los riesgos inherentes de algunas de sus decisiones claves en política económica? ¿Dejó cínicamente esos problemas peliagudos en la puerta de su sucesor, para proteger su propia imagen? En las páginas siguientes voy a sostener que las debilidades del salinato estaban muy claras desde el principio: una serie de contradicciones económicas, políticas y sociales que los tecnócratas se negaron a reconocer, para no hablar de resolver. Durante unos pocos anos el sistema fue capaz de subliminar esos conflictos, pero cuando el esfuerzo se volvió excesivo no pudo seguir viviendo con las múltiples contradicciones del proyecto tecnocrático.

Sin embargo, la espectacular caída del salinato no debe impedirnos ver sus legados, sumamente concretos, Como en la mayoría de las revoluciones, muchos de los protagonistas fallecieron, están desacreditados o en el exilio, y quizá la ideología rectora original está más silenciada; pero para bien o para mal la revolución neoliberal dejó un México diferente.

**Transformando la economía**

El colmo de la ironía en el caso del salinato es que en parte cayó por errores de examen final sobre macroeconomía intermedia. ¿Cómo es posible que tantas cosas salieran tan mal, tan rápidamente? Ciertamente el sexenio comenzó bastante bien. Después del colapso del milagro en 1968, del populismo de Echeverría a principio de los 70 y del ***boom*** petrolero una década más tarde, los mexicanos habían abandonado las esperanzas de encontrar un modelo económico que conjugara crecimiento económico y baja inflación. Después de 1988, el Pacto diseñado e implementado por el equipo de Salinas dio la impresión de estar funcionando. Si bien el crecimiento económico no era extraordinario (un promedio del 3% anual y per capita virtualmente uniforme durante el sexenio), parecía que se había controlado la inflación (un promedio de menos del 15% anual). Quizá lo más importante es que había un convencimiento generalizado de que la economía había mejorado, y un optimismo considerable sobre el futuro bajo el Tican. Salinas cuando menos había convencido a los mexicanos de que se aproximaban tiempos mejores[2].

La estrategia económica era engañosamente simple. México iba a atraer grandes cantidades de capital internacional (incluyendo parte de los 50.000 millones de dólares que escaparan del país durante las décadas de los 70 y los 80), y ese capital por un lado ayudaría a disminuir la carga de la deuda, y por el otro se invertiría en nuevas empresas productivas. La clave del esquema estaba en ofrecer estabilidad monetaria e incentivos económicos como mano de obra barata y acceso a los mercados. Para garantizar lo primero se redujeron radicalmente los presupuestos públicos –produciendo los primeros superávits de explotación de México en décadas– y se vinculó el peso al dólar. Para lo segundo fue necesario abrir la economía mexicana al comercio mundial (y garantizar la reciprocidad). Obviamente el Tlcan era el toque maestro, pues le prometía a los inversionistas el acceso al mercado consumidor más rico del mundo. En gran parte la política tuvo éxito. Durante los primeros años de la década de los 90 entraron en México cantidades masivas de capital.

Como lo sabemos ahora muy bien, esa estrategia era peligrosa. Mantener la paridad con el dólar condujo a un peso sobrevaluado[3], y lógicamente estimuló

[2] Jorge I. Domínguez y James A. Mccann: ***Democratizing Mexico. Public Opinion and Electoral Choices***, Johns Hopkins University Press, Baltimore, MD, pp. 126-130.
[3] También incentivó esa política la fijación del equipo económico en el control de la inflación y la necesidad política de defender el mayor triunfo económico del gobierno.

un consumo excesivo de bienes importados mientras volvía menos atractivas las exportaciones mexicanas. Parece que los responsables de la política estaban concientes de eso, pero creían que la entrada continua de capital equilibraría la cuenta comercial durante suficiente tiempo para mejorar la productividad mexicana y llevar la economía a su supuesta categoría de «primer mundo». Lo que la estrategia sí logró fue diezmar grandes porciones de la burguesía nacional y de la mano de obra industrial abrumadas por las importaciones baratas, empobrecer aún más porciones significativas de un campesinado incapaz de sobrevivir sin las subvenciones o en competencia con la agroindustria estadounidense, y volver la economía extremadamente sensible a los mercados de capital externos. Además, el tipo de inversiones obstaculizó también el éxito de largo plazo de esta política. El capital nuevo no se invirtió en escuelas, hospitales, carreteras o empresas, sino mayormente en especulación bursátil. Por ejemplo, en 1992 el 72% de la inversión extranjera estaba en el mercado de valores o en el mercado monetano[4]. La inversión nacional no creció dramáticamente durante ninguno de los años de Salinas y en realidad descendió en 1993. La creación neta de puestos de trabajo fue decepcionantemente baja[5].

Dadas esas condiciones, la economía mexicana era en rigor un rehén de las percepciones externas. Mientras los mercados de capital globales la consideraran segura y lucrativa, la economía cumpliría. Así como al parecer los tecnócratas convencieron a los mexicanos de que ya estaban en el «primer mundo», también persuadieron a los expertos financieros de que México estaba a punto de su proverbial despegue. Sin embargo, en 1994, después del levantamiento de Chiapas y de los asesinatos de Colosio y Ruiz Massieu, los mercados comenzaron a dudar del milagro tecnocrático. Por otra parte, a medida que las tasas de interés comenzaron a aumentar en Estados Unidos, disminuyó también La atracción relativa de los mercados monetarios mexicanos. El interés que pagaban los Cetes del gobierno aumentó en 1994 en tándem con la disminución de las reservas; y la internacionalización de la deuda mexicana, cuando valores denominados en pesos se convirtieron en Tesobonos indexados en dólares, se convertiría en una preocupación mayor. En esencia México estaba dependiendo de su reputación para pedirle prestado a fulano y poder pagarle a mengano.

A partir del 19 de diciembre de 1994 comenzó a desbaratarse el esquema tecnocrático Ponzi. Precisamente porque la economía había dependido tanto de un optimismo superficial y de la consiguiente disposición de los inversíonistas a ignorar la realidad, la caída fue increíblemente rápida. Una vez que comenzó el pánico no hubo red de seguridad que detuviera la caída de la economía. Al

[4] John Weiss: «Economic Policy Reform in Mexico», en Rob Aitken et al. (eds.): ***Dismantling the Mexican*** State?, McMillan, Londres, 1996, p. 71.
[5] Durante el sexenio se crearon un millón de empleos, aproximadamente un cuarto de lo que se necesitaba, Wayne Cornelius: «Designing Social Policy for Mexico's Liberalized Economy» en R. Roet (ed.): ***The Challenges of Institutional Reform in Mexico***.... p. 140***.***

perder el peso la mitad de su valor, las deudas denominadas en dólares o con tasas de interés flexibles arruinaron a grandes sectores de la clase media y a miles de empresas. El resultado final fue que México comenzó el año 1995 debiendo más dinero que nunca, sin paraestatales que vender, y con un sector manufacturero nacional duramente golpeado por nueve años de puertas abiertas. ¿Cómo es posible que diseñadores de política tan sofisticados, con «pedigrees» tan impresionantes, pudieran cometer tantos errores?

Hasta cierto punto no estaban equivocados. El hecho de que ni la oposición de derecha ni la de izquierda formulara estrategias económicas alternativas es un indicio de las limitaciones bajo las cuales funcionaba y sigue funcionando México. El PAN puede hablar de mejores intervenciones microeconómicas para salvar industrias tambaleantes, y el PRID puede criticar aspectos del Tlcan y exigir un mayor gasto social, pero ninguno de los dos ha propuesto un paradigma significativamente diferente de la revolución tecnocrática. La aparente «inevitabilidad» de los programas de Salinas, en la opinión internacional y doméstica, fue un factor principal en su supervivencia política. Sin embargo, también implicaba que los tecnócratas en realidad tenían pocas opciones. El capital extranjero estaba más disponible que la inversión nacional, y había que atraerlo sin importar los costos ni los riesgos.

Lo que causó la caída del salinato no fue Chiapas ni el dramático aumento de la violencia política, sino el hecho de que el régimen no enfrentara la principal debilidad estructural de la economía mexicana: ahorros e inversión internos bajos. Por eso la caída del peso fue un hecho tan cataclísmico. Dadas las limitaciones que padece México (fronteras financieras porosas, sensibilidad a EEUU, un sistema social frágil), sinceramente resulta difícil imaginar estrategias alternativas factibles sin una reestructuración política mucho más dramática (que por sí misma habría «perturbado» los mercados). Una solución radical habría requerido obligar a la clase alta mexicana a invertir su dinero efectivo en empresas productivas dentro de México, Las simpatías ideológicas de los tecnócratas o incluso su posición relativa como clase pueden explicar en parte el hecho de que eso no ocurriera. Pero más importante es que ellos se negaron a reconocer que la solución para el dilema de México tenía un componente político y social. La clave de la caída del salinato reside en esa negativa.

**Alianzas, padrinazgo y violencia**

¿Cuál era la política del salinato? Carlos Salinas enfrentó una serie de retos políticos, cada uno con su respectiva audiencia y su correspondiente estrategia. Si bien respondió magistralmente a cada uno de esos retos. la variedad de tácticas empleadas estaban condenadas a entrar en contradicción y crear interacciones complejas. Las consecuencias de éstas últimas se volvieron particularmente claras en 1994.

El problema más apremiante provenía de la izquierda. Después de las elecciones de 1988, responder a la oposición cardenista se convirtió en el problema de política más importante para el régimen. El Programa Nacional de Solidaridad, Pronasol, fue muy competente debilitando la red de organizaciones populares en parte responsables del éxito de Cuauhtémoc Cárdenas. Cuando no fue suficiente con eso, Salinas no estuvo por encima de la simple represión. Prácticamente nadie discute que el PRI y el gobierno aprobaron la violencia extrema contra los activistas del PRID, incluyendo el asesinato[6]. En Michoacán ciertamente se vivió una ola de represión durante los dos primeros años, del sexenio. En parte debido a la amenaza de la izquierda Salinas siguió dependiendo de los dinosaurios del partido (particularmente a nivel local) que podían ayudarlo a garantizar la paz política que él necesitaba.

Un segundo desafío venía de la derecha. El ascenso del PAN a competencia regional –cuando menos– fue evidente desde principios de los 80. En lugar de combatirla, Salinas decidió hacer una alianza con esta ala de la oposición. El respaldo del PAN llegó a cambio de la promesa de permitir que ese partido continuara creciendo como una fuerza nacional e incluso que alcanzara el dominio regional. Las elecciones para gobernador en Baja California. Chihuahua, SLP y Guanajuato, así como la disposición a reconocer los triunfos parlamentarios del PAN indicaban que la dirigencia nacional estaba por lo menos dispuesta a aceptar un sistema bipartidista en México, siempre y cuando la oposición estuviera a la derecha del PRI. El PAN pareció dispuesto a aceptar esta nueva «democracia a la mexicana» y con frecuencia se mostró renuente a hacer denuncias cuando se cometió fraude contra el PRD.

La creciente trascendencia del Tlcan para el éxito de las políticas económicas del gobierno le creó un tercer reto político a Salinas. Más que ninguno de sus predecesores, éste debía cortejar al público norteamericano y a la opinión congresista. En más de una forma Chiapas es un excelente ejemplo de las restricciones que enfrentaba el gobierno. Hoy en día está bien establecido que para 1992 ya el gobierno sabía de la existencia de las guerrillas. La única explicación posible para la falta de acción es el temor de que un México inestable fuera un destino menos atractivo para los fondos de inversión, y ciertamente un socio menos deseable. Incluso después de 1994 las acciones del gobierno se vieron coartadas por la amplia cobertura de los medios de difusión. En México ya habían existido guerrillas. Había habido tomas dé edificios municipales y ocupaciones de tierras. Ciertamente había habido cuerpos mutilados de campesinos en los caminos rurales. Pero el enjambre de reporteros y camarógrafos era algo nuevo. Si el subcomandante Marcos no murió en enero, como él lo esperaba enteramente, fue en parte gracias al ***New York Times,*** Una solución «guatemalteca» hubiera sido rápida, pero habría

[6] Es probable que nunca se aclare hasta qué punto la violencia estaba dirigida desde Los Pinos y hasta qué punto reflejaba las condiciones locales que la dirigencia nacional decidió ignorar.

conducido a investigaciones del congreso de Estados Unidos y al nerviosismo en Wall Street. Salinas tuvo que soportar a Marcos.

Una cuarta audiencia eran las esferas superiores del capital mexicano. En parte debido a las presiones que detallamos anteriormente, los muros entre el gobierno y el PRI se volvieron más altos y formidables. Los tecnócratas deben haberse dado cuenta de que el dinero estaba reemplazando cada vez más al fraude como factor decisivo en las elecciones mexicanas. Es imposible decir hasta qué punto Salinas esperaba un «dando y dando», pero no se puede desechar la suposición de que esperaba reciprocidad, dado que aquéllos a los que pidió respaldo para la campaña del PRI también se habían beneficiado con sus políticas. Si Salinas quería reemplazar a los dinosaurios y sus instituciones afines con un partido «modero» necesitaba volúmenes masivos de dinero y precisaba del respaldo y la aprobación de quienes poseían esos capitales. Jorge Castañeda escribió que esas fuentes de dinero podrían haber incluido a los narcotraficantes, y que fue su inclusión en la «familia» política lo que creó las condiciones para 1994[7]. Entiendo que sea cuales fueran sus productos particulares, lo importante es que Salinas tenía un electorado de empresarios internacionales cuyos intereses había que tomar directamente en consideración a la hora de formular la política pública.

El mayor dolor de cabeza de los tecnócratas no eran el PRD, el PAN ni incluso el EZLN: era y sigue siendo el PRI. Salinas y el presidente del partido, Colosio, trataron de reconstruirlo –aunque no necesariamente en una dirección más democrática–, pero los salinistas suspendieron su ataque al partido tradicional después de las elecciones parlamentarias de 1991[8]. Esa decisión –sin importar cuánto tuvo de involuntaria– puede ser la clave del legado político del salinato. Comenzando en 1992, y ciertamente después de 1993 cuando la economía se desaceleró y la oposición empezó a organizarse para las elecciones de 1994, cesaron los ataques a los dinosaurios y el aparato del partido[9]. Cada vez se vio más claramente que el PRI que todos conocíamos no iba a desaparecer así de fácil como el presidente –y muchos observadores, incluyéndome– habían creído. Hasta qué punto eso tiene que ver con el arribo de Colosio a Sedesol, con la necesidad de garantizar la conformidad de la CTM con otro plazo más del Pacto, o con los requisitos de seguridad política para el TIcan, es algo que todavía no sabemos. El hecho de que Colosio, en su breve campaña presidencial, sintiera la necesidad de hablar de reforma política en términos muy similares a los que usó Salinas seis años antes indica que se había logrado notablemente poco.

---

[7] ***The Mexican Shock,*** New Press, Nueva York, 1996.

[8] El fin de la reforma podría haber comenzado antes, en el congreso del PRI en marzo de 1990 donde líderes sectoriales bloquearon eficazmente una reconstrucción radical.

[9] En Ciudad de México todavía abundan)os rumores sobre lo que sucedió con la reforma política. Una versión recurrente es que los viejos dirigentes del PRI se negaron a aprobar la creación de un Partido de Solidaridad que habría cambiado la constitución permitiendo la reelección de Salinas.

Así quedó particularmente en evidencia después del asesinato de Colosio. Fue necesario mucho chalaneo político para ungir a Zedillo. La influencia de burócratas políticos de línea dura tales como Carlos Hank González e Ignacio Pichardo Pagaza se hizo más pública a medida que transcurría la campana. Parecía que para preservar su proyecto político, Salinas, Zedillo y compañía habían cedido la responsabilidad por la política –no importa con cuánta renuencia– a los que tenían la competencia para manejarla propiamente. Se olvidaron los experimentos de 1990 y 1991 y el discurso sobre un nuevo partido. El PRI había regresado y lucía muy parecido a como era antes. Gracias a los dinosaurios, el PRI ganó su contienda con el PRD por la zona rural y las barriadas mexicanas. Así pues, si Salinas tenía restricciones en su estrategia económica, parecía que estaba igualmente limitado en sus opciones políticas. Tenía que satisfacer a la derecha, marginar a la izquierda, mantener el centro y aplacar a los clientes, todo bajo la mirada vigilante de EEUU. Durante unos pocos años logró mantener el equilibrio entre las diferentes estrategias requeridas por cada uno de esos «públicos». Quizá más que las de agosto de 1991, las elecciones de agosto de 1994 representaron el apogeo de la maestría de Salinas en el juego político. El PRID fue humillado, el PAN adquirió un nuevo estatus como la oposición «oficial» EEUU estaba satisfecho con el grado de transparencia electoral. y el PRI ganó de todos modos[10]. El éxito del 21 de agosto fue particularmente importante porque no se basó puramente en los viejos trucos del PRI, fue un triunfo «Moderno» que reflejaba los cambios que había traído la última década. (La diferenciación entre formas «viejas» y «nuevas» de hacer política es nebulosa. ¿Dónde hay que ubicar el respaldo de Televisa, por ejemplo?) El fracaso de la izquierda podría –en parte achacarse a errores de estrategia de la dirigencia del PRID y a la actuación poco carismática de Cárdenas. Sin embargo, también reflejó el agotamiento ideológico de la izquierda en toda América Latina. Casi el 80% de la población –con unos pocos puntos fraudulentos de más o de menos votó por partidos que abogaban por los mercados abiertos y la santicidad de la propiedad privada.

Por lo tanto, hasta cierto punto los tecnócratas tuvieron éxito: la democracia estaba garantizada para el neoliberalismo. El giro a la derecha combinaba con otro elemento principal que México compartía con el resto de Latinoamérica: el temor a otra alternativa. Realmente no tiene importancia si a lo que se temía era a la violencia del EZIN o a las fuerzas todavía misteriosas tras el asesinato de Colosio, o a una salida acelerada del capital después de cualquier perturbación en el sistema político mexicano. Los tecnócratas habían establecido el

[10] Ernesto Zedillo obtuvo un poco más del 50% de los votos válidos, mientras que el PAN y el PRD invirtieron sus papeles de 1988: Diego Fernández de Cevallos recibió el 27% y Cuauhtémoc Cárdenas el 17%. En el Congreso, el PRI logró mantener el predominio que recobró en 1991: 95 escaños de un senado ampliado de 128, y 300 de 500 diputados (incluyendo 278 de los elegidos directamente). A pesar de los muchos fraudes e ilegalidades observados y sospechados, hubo un consenso casi unánime de que el PRI realmente ganó esta vez. La elección no fue una competencia leal, especialmente en términos de financiamiento de la campaña y cobertura de prensa, pero fue limpia.

equivalente público de su autoimagen: se les veía como la única opción para garantizar la estabilidad y la promesa de una mayor prosperidad económica.

Sin embargo, la victoria de agosto encubría las consecuencias del delicado equilibrio de fuerzas y demandas que mantenía Salinas. La política «moderna» era costosa. Muchos se escandalizaron cuando Salinas solicitó millones para una reunión de prominentes aliados económicos. Por un lado, eso podía leerse como una indicación del persistente poder del régimen. Por otro, ese mismo suceso podía verse como una señal de la dependencia del régimen de esas personas para financiar su triunfo. En teoría, al menos, tal dependencia podría haber tenido un papel en la política de la devaluación o en la cronología de las decisiones a finales de diciembre de 1994.

Concederle al PAN sus triunfos regionales –para que el PRI pudiera concentrar sus esfuerzos en combatir a la izquierda– también alienó más a las fuerzas tradicionales del partido. Pensando en si serían los próximos en caer en «la lista» del Presidente, estas fuerzas se unieron y desafiaron el poder presidencial con creciente éxito. El apogeo de la venganza del PRI tradicional se produjo en la XVI Asamblea del partido, la que rechazó buena parte de la ideología explícita del salinato, respaldando un regreso al «nacionalismo revolucionario» y rechazando los llamados a una mayor privatización de la industria petrolera. Más importante aún, esta Asamblea podría significar el fin del dominio de una elite tecnocrática sobre el gobierno mexicano. Desafiando a la dirigencia, y después de una estridente sesión el 21 de septiembre de 1996, se impuso un requisito de una década de servicio en el partido y experiencia electoral para los futuros candidatos del PRI a presidente, senadores o gobernadores[11]. En este momento es imposible determinar con cuánta severidad se van a aplicar esas normas y si será muy difícil para candidatos adelantados obtener triunfos «electorales» antes de las contienda más importantes. Sin embargo, por más que los maquillen, esos cambios posiblemente representaron el reto más importante para la revolución tecnocrática desde 1988, hasta las ultimas elecciones de 1997 .

La estrategia de legitimación que utilizó Salinas también era particularmente frágil debido a lo mucho que dependía de los resultados en la esfera económica. La elite mexicana basó su predominio en una justificación especial para gobernar: ella lograría una economía mexicana moderna, estable y próspera. Sus esperanzas de alcanzar una democratización «segura» en el futuro se basaban en que el crecimiento económico debilitaría paulatinamente el radicalismo popular. Había que mantenerla ficción de una economía «primermundista» para que la dirigencia tecnocrática «moderna» pudiera

[11] ***La Jornada***, 22/9/1996, p. 1; ***The New York Times***, 23/9/1996, p. 3.
Nota a. En esta ultima elección, por primera vez el PRI perdió su control de la Camera de Diputados y recibió solamente 39,1 % de votos (el PAN recibió 26.6% y el PRD 25.7%). El PRI también perdió la gobernación de los estados de Nuevo León y Queretaro y la alcaldía del Distrito Federal.

justificar su obstinación política. La forma en que Salinas manejó el pánico financiero potencial después de Chiapas y del asesinato de Colosio revalidó su justificación del derecho a gobernar. Sin embargo, el desastre de diciembre puso en tela de juicio la legitimidad de los tecnócratas. Si no podían lograr la economía que habían prometido, si no podían garantizar la lealtad del capital mexicano e internacional, ¿para qué servían?

¿En qué forma influyeron las consideraciones políticas en las opciones económicas? En primer lugar, el control autoritario continuo le permitió a los tecnócratas mantenerse en un espléndido aislamiento, Eso hizo posible las primeras etapas de la administración salinista; pero también hizo que su éxito fuera mucho más frágil, pues lo puso a depender de que la elite tomara las decisiones apropiadas en los momentos apropiados. Por ejemplo, la fijación del ministro de Finanzas, Pedro Aspe, con la inflación sólo pudo transformarse en política gubernamental gracias al aislamiento político del régimen tecnocrático, pero cuando se volvió quijotesca no había ningún freno a la disposición. Vincular el éxito del régimen con la sabiduría política y económica de un grupo tan pequeño de personas aumentó la posibilidad de errores catastróficos. El aislamiento también cerró el acceso de potenciales fuentes de información. Por ejemplo, un debate más público sobre las consecuencias de las políticas del gobierno podría haber impuesto una devaluación más temprana.

En una paradoja interesante, su propio aislamiento de la oposición les permitió también a los tecnócratas jugar la política con la política económica y no comportarse como los monjes neoliberales que muchos de nosotros suponíamos que eran. Para comienzos de 1994 había claras señales de peligro anunciando que la apuesta a la capitalización global no estaba funcionando, el menos a corto plazo. Presuntamente el peso había estado sobrevaluado desde 1992. El déficit de la balanza comercial se calculaba en 20.000 millones de dólares. Sin embargo, el gobierno nunca reconoció el potencial de problemas y hasta llegó a encubrir la situación con interrupciones estratégicas en la publicación de las cifras económicas y permitiendo el crecimiento de los Tesobonos para ocultar alejamientos del peso. El gobierno utilizó la sobrevaluación de la moneda como un subsidio para grandes partes de las clases medias esperando comprar su apoyo. La caída de la moneda en diciembre fue parte del precio de la victoria de agosto.

Es cierto que un movimiento más decidido hacia un régimen democrático habría tenido sus costos, pero también habría liberado a Salinas de esas presiones contradictorias y habría permitido que las tensicnes se relajaran más gradualmente. Por ejemplo, un franco abandono del PRI habría liberado a los dinosaurios para que crearan su propia maquinaria política y habría hecho menos presión para detener la democratización del partido –por poca que fuera– mediante el uso de la violencia. 0 si no, una relación más abierta con la izquierda, una aceptación de las victorias del PRID, y un repudio a las fuerzas

tradicionales en lugares tales como Chiapas, podrían haber convencido a organizaciones tales como el EZLN de que existían alternativas electorales. Al insistir en la imposición constante de medidas autoritarias, Salinas garantizó que muchas veces la violencia siguiera siendo la única alternativa. Lo que es quizás más importante, la necesidad de construir una nueva coalición electoral podría haber obligado a Salinas a instituir, o cuando menos a considerar un conjunto diferente de opciones económicas y sociales. Una red de respaldo social más extensa le podría haber dado oportunidad de desafiar la posición privilegiada de la pequeña minoría capaz de mantener cautiva la economía.

¿Por qué Carlos Salinas fue tan reacio a aceptar restricciones democráticas a sus políticas? En parte es posible que eso haya tenido que ver con su personalidad, a la que todos describen como extremadamente autocrática; pero nuevamente tenemos que considerar también las limitaciones que enfrentaba. Habría que destacar en particular los efectos de acción recíproca de las directrices económicas y políticas. Si la política nacional impedía una estrategia económica diferente, el movimiento hacia la economía global también puede haber prevenido la reforma democrática. Una apertura política habría asustado el capital externo. El ahora infamante memorándum en el que los asesores del Citibank recomendaban que se diera una respuesta militar al EZLN indicaba que el capital internacional no deseaba ver su dinero arriesgado en «aventuras democráticas». Salinas detestaba generar una situación que pudiera crear posibles dudas en los inversionistas. Si preservar la legitimidad del régimen requería resultados económicos a través de la dependencia foránea, esa estrategia requería el mantenimiento del orden mediante continuas medidas autoritarias.

Así pues, para entender plenamente la caída del salinismo tenemos que entender por qué Salinas, y el capital doméstico e internacional, le temía tanto a la democracia, y para eso debemos recurrir al contexto social en el que funcionaba el régimen.

**Solidaridad y desigualdad**

Carlos Salinas sabía muy bien que sus programas de ajuste económico iban a imponer penalidades sociales. Estaba conciente de las tensiones latentes en la sociedad mexicana y en el PRI y era contrario a permitir que se manifestaran públicamente. El programa de Solidaridad (Pronasol) estaba destinado a aliviar los costos políticos del neoliberalismo al orientarse estratégicamente hacia los pobres, y lo que es más importante, hacia los grupos locales que tenían más probabilidades de representar una amenaza para el orden político[12]. La evaluación general sobre Pronasol es que funcionó maravillosamente bien para asegurar el respaldo a Carlos Salinas y el PRI durante la primera mitad del sexenio, pero hizo relativamente poco para aliviar la miseria de grandes

[12] Véase Waye Cornelius et al. (eds.): ***Transforming State Society Relations in Mexico: The National Solidarity Strategy***, USCD, Center for U.S-Mexican Studies, La Jolla, 1994.

sectores de la población. Por otra parte, como lo dejó Chiapas muy en claro, Pronasol no logró resolver los problemas sociales de largo plazo –insuficiente creación de puestos de trabajo y desigualdad creciente[13]. Para usar imágenes económicas, Pronasol era muy adecuado para resolver un problema de liquidez, pero no podía arreglar una bancarrota. El problema residía en la percepción de los tecnócratas sobre lo que estaba mal en México y en su negativa a aceptar la verdadera dimensión de sus dificultades.

La nueva elite parecía considerar la pobreza como un defecto temporal de la economía mexicana, Una mejoría en los mercados globales, un ajuste en los servicios estatales, un aumento en la eficiencia, y una redistribución de la fuerza de trabajo comenzarían a reducir en forma significativa el nivel de miseria. Lamentablemente, en México la pobreza no es una cuestión de manejar el comportamiento de la economía, ella refleja problemas mucho más profundos. Antes de que Salinas llegara al poder, aproximadamente una cuarta parte de los mexicanos sufría de alguna forma de desnutrición, la mitad no disponía de agua corriente y un cuarto no tenía electricidad. Juzgado desde el muy bajo umbral mexicano, se consideraba que aproximadamente la mitad de la población era pobre[14]. En Chiapas la cifra llegaba al 80% de la población[15]. Esas cifras indican que la pobreza no era un problema temporal en una etapa del desarrollo mexicano, sino una parte inherente de la sociedad mexicana.

Un presupuesto de menos del 1% del PIB no podía pretender eliminar esa pobreza[16]. Y no lo hizo. Los cálculos de Nora Lustig indican que un simple crecimiento por filtración no resolvería el problema de la miseria mexicana[17]. Según índices de consumo o el valor relativo de los sueldos, la situación de los más pobres empeoró durante los 80 y 90[18]. El ya alto nivel de desigualdad aumentó durante esta época[19].

Ambas crisis, la política y la económica, fueron productos del problema de desigualdad. Para empezar, los modelos para las políticas económicas tecnocráticas y neoliberales eran los «milagros» asiático-orientaies de los años 70 y 80; pero aunque estas sociedades se caracterizan por tener estados desarrollistas «fuertes» también pudieron ver la creación de una distribución de

---

[13] Katherine Bruhn: «Social Spending and Political Support: The Lessons of the National Solidarity Program in Mexico» en ***Comparative Politics*** 28/2, 1/1996.
[14] Nora Lustig: ***Mexico: The Remaking of an Economy,*** Brookings, Washington, 1992.
[15] Wayne Cornelius: ***Mexican Politics in Transition: The Breakdown of a One-Party-Dominant Regime***, USCD Center for U.S.-Mexican Estudies, La Jolla, 1996, p. 101.
[16] Éste es el estimado máximo para los gastos de Pronasol. Cornelius en Roett, ob, cit, p. 141.
[17] Nora Lustig: «Solidarity as a Strategy of Poverty Alleviation» en Cornelius et al., pp. 81-82.
[18] Philip Russell: ***Mexico under Salinas,*** Mexico Resource Center, Austin, 1994, pp. 276-281; Julio Moguel: «Salinas Failed War on Poverty» en ***NACLA Report on the Americas***, XXVIII, 1, pp, 38-39; Cornelius, 1996.
[19] John Weiss, ob. cit., p, 76; Alejandro Guevara Sanginés: «Poverty Allivation in Mexico» en Mónica Serrano y Victor Bulmer-Thomas: ***Rebuilding the State: Mexico After Salinas***, Institute of Latin American Studies, Universidad de Londres, Londres, 1996, p, 154.

la renta relativamente igualitaria en las primeras etapas de su desarrollo. Sin embargo, el gobierno de Salinas trató de equilibrar el presupuesto reduciendo los subsidios y aumentando los impuestos regresivos, mientras permitía que aumentara varias veces el número de billonarios. La nueva elite se negó a considerar cualquier cambio fundamental en la jerarquía social y económica del país.

Dejando aparte los asuntos de la justicia económica, México necesitaba crear un mercado interno lo suficientemente grande como para que sus industriales –especialmente las empresas pequeñas y medianas devastadas por la apertura comercial– adquirieran la pericia y el desarrollo necesarios para competir en el mercado global. Lo que era más apremiante: para que México pudiera atraer inversiones de largo plazo con una integración económica significativa y multiplicadora –en lugar de convertirse en una gran maquiladora– tenía que hacer que sus mercados de consumidores fueran lo suficientemente atractivos para merecer el riesgo. La enorme brecha entre salarios estadounidenses y mexicanos podía atraer alguna inversión, pero la posibilidad de millones de consumidores fuera de los opulentos enclaves de los principales centros urbanos habrían atraído muchas más.

Desde el punto de vista político, la desigualdad creciente en el ingreso y la distribución de la riqueza produjo una tensión latente y algunos estallidos que volvieron más costoso el capital y restringieron su disposición a compromisos de largo plazo. Chiapas asustó los mercados financieros precisamente porque éstos reconocieron que México podía estallar; de allí la tendencia a invertir en valores de corto plazo. Si hubieran percibido la posibilidad de un México potencialmente más justo, los inversionistas podrían haber estado más dispuestos a tratar el EZLN como una versión local de los movimiento indigenistas del pasado, con la misma expectativa de marginalidad política. Además, la necesidad de controlar las aspiraciones populares limitaban la capacidad y la voluntad de los tecnócratas para comenzar a desmantelar el sistema autoritario. Una estructura social prácticamente colonial sólo podía conservarse mediante el tradicional uso de la fuerza o la amenaza de usarla, y para eso era necesario frustrar continuamente las aspiraciones democráticas.

**¿Hasta qué punto una revolución?**

¿Debería hablarse de una revolución salinista? Cada vez está más claro que Salinas nunca tuvo la intención de alterar la distribución fundamental del poder. únicamente buscaba mejorar la eficacia y sustentabilidad de la maquinaria política y económica que heredó. Eso fue su ruina, Sin, cuando menos, un cuestionamiento inicial del ***statu quo*** social de México, las reformas políticas y económicas siempre serían limitadas; y mientras las reformas no pudieran desarrollarse según su propia dinámica producirían contradicciones y conflictos que ni siquiera el muy políticamente astuto Salinas podía esperar resolver.

En esencia, Salinas quería construir una economía «moderna» sobre un sistema político obsoleto y una base social inestable. Una economía moderna no podía depender de los caprichos del mercado internacional, pero la falta de voluntad y capacidad del gobierno para obligar al capital nacional a invertir convirtió esto en la única opción. La dependencia continua de las medidas autoritarias impidió la creación de una base popular más profunda y más comprometida, que podría haber permitido un aterrizaje más suave o hasta un respaldo mantenido incluso durante los períodos de sacrificios. Por otro lado, un esfuerzo a reformar el Estado y sus instituciones como la policía o el ejército hubiera creado un mecanismo autoritario más capaz de reforzar la política presidencial. Obviamente le hubiera dejado a Ernesto Zedillo una base quizá más segura con la cual luchar contra el narcotráfico. Salinas no quiso democratizar el régimen ni convertirlo en un autoritarismo mas institucionalizado. Su modelo de «caudillismo tecnocrático» habría de tener, casi por definición, una vida corta.

Una política social más equitativa también hubiera creado una base de consumidores más ancha (y por lo tanto un emplazamiento más atractivo para la inversión) y una coalición electoral más amplia, pero habría requerido que se desafiaran poderes de los que se habían vuelto más dependientes Salinas y su sucesor señalado. La arrogancia tecnocrática supuso que era posible manejar todas esas demandas y presiones contradictorias con un dirigismo centralizado. Una percepción exagerada de su propia sabiduría (y una consecuente fe en la fe de otros) hizo que siguieran adelante con su proyecto a pesar de las muchas señales de alerta, ya fueran las guerrillas en la selva Lacandona o la «corrida» hacia los Tesobonos. Estaban tratando de ganar tiempo y el tiempo se les acabó.

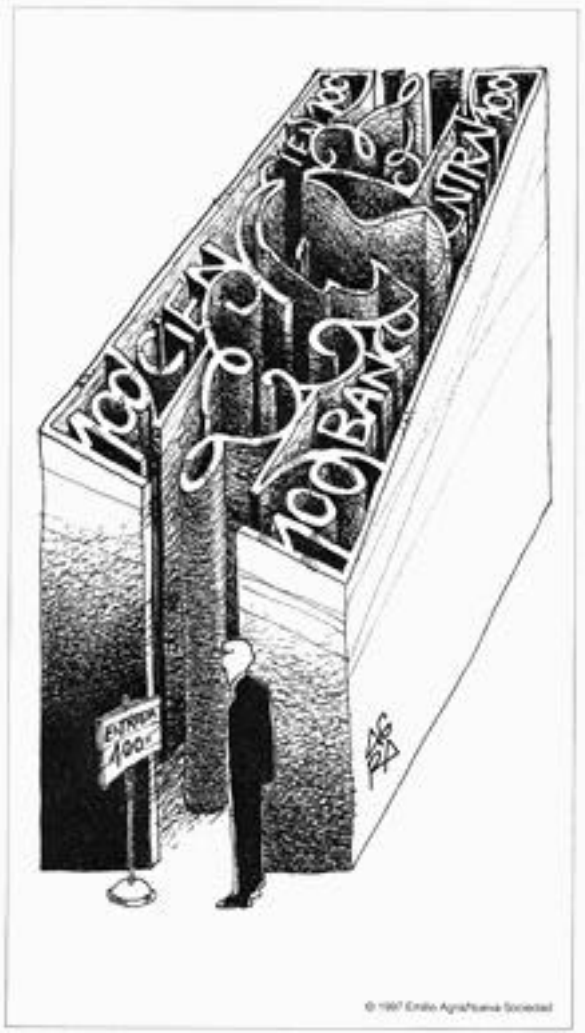
En más de una forma los sucesos de 1994 fueron pronosticables, aunque no pronosticados. En retrospectiva, el alto grado de injusticia social y la deplorable pobreza de gran parte de la población seguramente iban a producir un Chiapas; el ***boom*** de las importaciones tenía que pagarse con una devaluación; los desacuerdos dentro del PRI inevitablemente producirían violencia. No se puede responsabilizar al salinato por todos esos acontecimientos; pero sí lo podemos culpar por negarse a reconocer y abordar los problemas que ocasiona todo lo anterior. Los atributos que ayudaron a la nueva elite a alcanzar el poder (concentración de recursos dentro de la burocracia, restricción de las redes de clientes, compromiso con la política económica por encima de la reforma democrática) crearon una serie de contradicciones que condujeron al estallido. El contraste con otro presidente que dirigió de hecho una revolución política y social a pesar de las limitaciones de su autonomía es ilustrativo. Cárdenas, a diferencia de Salinas, buscó reconstruir las reglas políticas, económicas y sociales que gobernaban conjuntamente la sociedad mexicana. La reforma agraria, la nacionalización petrolera, la institucionalización del PNR y su salida voluntaria del poder encajan en una estrategia sinergética que le dio a México casi cuatro décadas milagrosas. Salinas, por otra parte, pareció haber

sacrificado esa coherencia en favor de soluciones inmediatistas y, por si lo olvidamos, sus, sueños de influencia continua.

Sin embargo, a pesar de lo anterior y de la caída de Carlos Salinas, el legado de la tecnocratización política es innegable. Puede que Salinas, al igual que Calles antes que él, vea su reputación arruinada y sus políticas cambiadas, pero la base institucional que el diseñó sigue básicamente intacta. El colapso económico de hecho fortaleció la aspiración crucial de la elite salinista de vincular irrevocablemente las economías de México y EEUU. Esa integración sigue adelante conforme al Tlcan. En parte debido a esos vínculos y a la dependencia financiera de las garantías de EEUU, sería extremadamente difícil desmantelar las bases institucionales del salinismo. A mediano plazo la economía mexicana seguirá abierta a los mercados globales, seguirá respetando la propiedad privada y seguirá dependiendo tanto del atractivo de la mano de obra barata como de la válvula de seguridad de la emigración a los EEUU.

Desde el punto de vista político el legado de Salinas puede ser aún más impresionante. La elección del 1997 fue un desastre para el PRI tradicional, pero en muchos sentidos fue un triunfo para Ernesto Zedillo. La unión del PAN y el PRD en el Congreso no puede esperarse que dure muchos tiempo. Esto acabaría exactamente en lo que los tecnócratas querían: democracia sin posibilidad de un cambio social dramático y con continuidad en la política macroeconómica. Aun si en el futuro el voto es más libre, el espectro político de competidores será cada vez menor (el «comodín», en este caso es el nivel de cambio producido adentro del PRI). Encima de todo esto, el PRD acepta el Tlcan y Cárdenas habla de responsabilidad financiera. En forma muy similar a lo que pasó con su predecesor de 1910, la revolución tecnocrática está en camino de ser institucionalizada, y su ideología es cada vez más aceptada por todos los actores, incluyendo grandes sectores del PRD.

La principal debilidad de la revolución tecnocrática sigue siendo la misma de 1993: es difícil imaginar cómo pueden continuar existiendo la miseria social y la desigualdad económica en México sin que haya más estallidos populares. Es importante recordar que los ataques del EZLN y el EPR se han limitado al campo, donde las ramificaciones son menos inmediatas y el control más seguro. Sería mucho más difícil manejar un grupo revolucionario en Chalco. En un ironía típica de la política mexicana, el legado del salinismo quizá dependa del éxito de Cárdenas en convencer a la población del Distrito Federal que deberían esperar aún más años para ver los resultados de su revolución.




Las ilustraciones acompañaron al artículo en la edición impresa de la revista

